

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRICION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 rs. for.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PORTE.



LA REDACCION
y Administracion

RICLA, NUM. 88

A DONDE

DIRIGIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES VRS.

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLER GAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

¿QUIENES SON ELLAS?

Holguín 9 de Julio de 1870.

Sr. MORO MUZA. Ya sabe Vd., pues nadie lo ignora, el trágico fin que han tenido los piratas desembarcados en La Herradura; pero quizá pueda yo dar los pormenores de esa historia, y á ver lo voy, esperando parecerme á aquel fraile franciscano, á quien dijo un devoto:—«Padre, yo creía que Vd., por la orden á que pertenece, no podía montar á caballo,» y él contestó:—«Lo mismo creía yo antes de hacer la prueba; pero me decidí á montar, y he visto que puedo.»

Ante todo diré, Sr. Moro, que se conoce que Javier Cisneros y los pilotos conductores del buque, lo que querían era despachar pronto y tomar el tole ántes con ántes, importándoles poco que todos se perdiese, incluso el honor, con tal de quedar ellos vivos para contarlo. A este fin tuvieron un consejo á bordo, y allá vá copia del acta de la sesion que celebraron.

«A bordo del George B. Upton á cuarenta millas de la costa Norte de la Isla de Cuba y á las once de la mañana del día doce de Junio de mil ochocientos setenta, reunidos en consejo consultivo los CC. Francisco Javier Cisneros, J. L. Doruín, R. Sommer, Coronel Mariano Loño, y los CC. José Leite Vidal é Isidro Portillo y Junco, representantes de los expedicionarios, el último actuando como Secretario, el C. Cisneros, presidente del Consejo, dijo: que habia creído conveniente la reunion para exponer algunas observaciones que le habian hecho los capitanes Doruín y Sommers acerca del lugar que se habia elegido para el desembarque y los inconvenientes que presentaba, y que, atendiendo á esas observaciones iba á exponer algunas ideas que creía dignas de que se tomasen en consideración por el Consejo: que los capitanes le habian dicho, que estando soplando viento E. S. E. les era completamente imposible hacer el desembarque en el puerto de Banes, sin exponerse á perder el barco entre los arrecifes: que dada la hora y el lugar donde se encontraban, no podian hacer el desembarque sino en el tramo comprendido entre Punta Lucrecia y

Gibara: que dado el caso de no poder desembarcar esta noche, no tendrían carbon suficiente para estar retirándose y arribando á la costa de la Isla de la misma manera practicada hasta la fecha, por cuya razon seria preciso adquirir combustibles necesarios en Haití ó Jamaica, puntos á donde podría llegar el vapor, sin embargo de que, habiendo sido despachado en lastre, era de temerse que la existencia del cargamento determinara la pérdida del barco con lo que contuviera, que era preciso además, no olvidar que desde el día siete estábamos continuamente en las inmediaciones de la costa de Cuba, que era ya muy crecido el número de buques que habíamos encontrado en nuestro tránsito, que no tardaría el momento en que causando sospecha nuestra presencia se nos persiguiera de cerca en cuyo caso, atendida la poca velocidad de este barco, las probabilidades de buen éxito disminuirían probablemente; que respecto á sitio de desembarque, creía solamente rechazable aquellas en que se conociera la existencia de fuerzas españolas, y todas las demas en que no concurriera esa circunstancia igualmente aceptado, por carecer completamente de noticias de la situación de nuestro ejército; que Samá reunía en su concepto las condiciones apetecibles; que el capitán Doruín le aseguraba poder verificar en él el desembarque, prefiriendo la orilla de barlovento, por ser de arena: que no ha llegado á su noticia que en Samá haya existido nunca campamento de los españoles, que antes al contrario, según debía recordar el coronel Loño, por aquellas inmediaciones se fabricaba sal para el ejército libertador, y por último, que dadas las condiciones actuales, debía á todo trance verificarse el desembarque, porque, de posponerlo, se aumentaban los peligros de perder barco y cargamento, mientras que el barco debería considerarse salvado pocas horas despues de retirado de las costas de Cuba, y la misma suerte cabría al cargamento obrando con cautela, con tanta mayor razon, cuanto que en los Berros, distante cuatro y media leguas de Samá y en Bijará, distante siete leguas, existían campamentos cubanos.—El C. Loño, participando de las mismas ideas, acogió el pensamiento, agregando que en el trayecto designado, Samá era el puerto mas retirado de Gibara, y por lo tanto, el que ofre-

cía ventajas sobre los otros. Puesto á votacion el asunto, resultó aprobado por unanimidad, mandándose extender acta por triplicado para constancia.»

Apresuróse, pues, el desembarco, con lo que Cisneros y sus marinos pudieron largarse, diciendo lo del cura de Gabia, y comenzaron Loño y sus subordinados á no ganar para sustos.

Sin mas que desembarcar Loño y sus veinte camaradas, ya creyeron haber ganado bastantes laureles para poder dormir sobre ellos, y efectivamente, se echaron á dormir sobre las hamacas, que son los laureles de los filibusteros, cuando se vieron sorprendidos por los valientes voluntarios que mandaba el bravo capitán del partido de Maniabon (1). Oir la descarga y tomar el pendingue los que quedaron vivos, todo fué uno, yendo á ocultarse en los montes, sin armas ni efecto alguno que pudiera comprometerlos. Diez de ellos, con su jefe Loño, tomaron una direccion, y D. Manuel Mestre, D. Miguel Batista, D. José Meana y D. Adolfo Leite Vidal se fueron por diferentes rumbos, quedando en el sitio D. Francisco Puente, D. Carlos Rengifo, D. Andrés Viñals, D. Francisco Torres, D. Fernando Furton y D. José Joaquín Leite Vidal, digno tío de Adolfo, por ser este digno sobrino suyo.

He dicho que huieron todos los vivos, y no es verdad, porque D. Eduardo La Calle, natural de Matanzas, no despertó hasta que estuvo en poder de los voluntarios, lo cual consistió en que el tal La Calle era sordo como una tápia.

Tan pronto como el Sr. Brigadier D. Félix Ferrer tuvo noticia del suceso, tomó las medidas que le dictaron su reconocida inteligencia y su actividad probada, para aquellos pollos espantados, de 20 á 25 años todos, y

(1) Cuatro hombres acometieron á 21; mataron 5, aprehendieron á 1 y pusieron en fuga á los demás, quedando dueños del campo y de un rico cargamento. Ese capitán de partido y los hombres que le acompañaban, son acreedores á muy especial recompensa.—N. del M.

en su mayor parte hijos de familias bien acomodadas de Santiago de Cuba, no pudieran escaparse, y las disposiciones de dicho ilustre Brigadier, perfectamente secundadas por los buenos patriotas, dieron el resultado que debía esperarse.

Siete de dichos pollos fueron sorprendidos por la contraguerrilla que mandaba el teniente D. Vicente Guillen, muriendo todos en la fuga que intentaron, y eran D. Nicolás Sanchez, D. Manuel Guin, D. Miguel Batista, D. Jacinto Hevia, D. Arturo Estrada, D. Francisco Duany y D. Manuel Espin, todos pertenecientes al grupo de los que habían huido con Loño.

Sin embargo, Loño no estaba ya con ellos, lo cual, por aquello de «el que no está conmigo está contra mí» parece querer decir que Loño estaba contra ellos; pero no señor, ni con ellos ni contra ellos estaba Loño, quien, para dar una prueba patente de su amor a la libertad y a la independencia, procuró desde luego librarse de la compañía de sus camaradas de infortunio y hacerse de todo punto independiente, medio con que sin duda creyó más fácil burlar la vigilancia de los que le perseguían.

Dis aliter visum, como ha dicho el autor de la *Enéida*. Loño, al querer pasar la línea de nuestros destacamentos, dió de manos á boca con un cabo y dos soldados del Batallón de Nápoles, que le exigieron el pase, por parecerles sospechoso. Entonces fué cuando Loño recordó aquello de

¿Y si tales pensamientos
Me acreditan de incivil?
¡Qué diablo! Preso por mil,
Preso por mil y quinientos!

Es claro, su única esperanza de salvación era obrar á la desesperada, y así, sorprendiendo al confiado cabo, le hirió en la cabeza; pero uno de los soldados castigó su audacia dándole muerte en el acto.

A todo esto, ¿quién era el muerto? Nadie lo sabía, si bien todos sospechaban que debía ser alguno de los piratas del *Upton*; pero en la cárcel había dos prisioneros de la misma expedición, que pudieron satisfacer á las Autoridades, no como aquel acompañante de un entierro, á quien preguntaron quién era el difunto y contestó: «el que va en el ataúd», sino diciendo que el cadáver que se les puso á la vista era el de su jefe Loño, de lo cual se tomó acta judicialmente, identificándose hasta el reloj y prendas de vestir del titulado Coronel de los desembarcados filibusteros.

Sucesivamente, y como para repetir lo del cuento: «Iban dos por un camino, y siendo el camino angosto, iba el uno tras del otro» fueron, uno tras otro, cayendo en el garlito, en diferentes puntos, D. Manuel Mestre (desertor oficial de nuestra Marina, á quien los libertadores habían hecho de un golpe Almirante) y D. José Antonio Collazo, ambos de Santiago de Cuba, D. Isidro Portillo, de Matanzas, D. Adolfo Leita Vidal, de Mayarí, D. José Meana, escribiente de la Mayoría de Marina y natural de Cuba, y D. Agustín Batista, hermano del anterior, los cuales, en unión de La Calle, el de Matanzas, fueron juzgados, sentenciados y ejecutados con las debidas formalidades.

Todos confesaron su delito, concretándose en sus descargos á decir que habían sido seducidos y engañados en el Norte por varias personas, entre las cuales figuraban principalmente Adolfo Varona y Doña Emilia. ¡Doña Emilia! Caiga sobre ella y otras suripantas, que la ayudan á reclutar víctimas, la sangre de los muertos expedicionarios del *Upton*!

En honor de la verdad, cuatro de ellos

habían estado ya en la insurrección, logrando escapar á duras penas; pero ya se ve, Doña Emilia, y otras como ella, les dieron tales pruebas de hallarse ya la Isla dominada por sus correligionarios, que los incitados, hasta temían llegar tarde á recoger el premio de sus servicios.

También debo ser justo diciendo que todos murieron con serenidad; pero, ¿no es verdad que, al ver estas cosas, hay razón para preguntar *¿quiénes son ellas?* Si, Sr. Moro, y también la hay para responder:

Ellas, suripantas son
Que no tienen corazón.

S. P. MAHAMUD.

MODO DE ESPANTAR LAS RATAS.

(HISTORIA ANTIGUA.)

Tenia un forastero
Poca moneda,
Y al dueño de la fonda
Pidió la cuenta.
No por pagarla,
Sino por ver ¡qué diantrel
Cuánto sumaba.
El fondista, que nunca
Fué desatento,
Pronto gusto, con idem,
Dió al pasajero,
Pues en la fonda,
Si anda listo el que paga,
¿Qué hará el que cobra?
Tomó la cuenta el otro,
Con mucha calma;
Miróla con cuidado,
Volvió á mirarla,
Y al fin vió que era....
Totalmente imposible
Saldar tal cuenta.
El fondista, entre tanto,
Se lamentaba
De ver su rica fonda
Llena de ratas;
Pero tan fieras,
Que ni osaban los gatos
Reñir con ellas.
Oyó el pasajero,
Y al punto dijo:
«Será que aquí no estorban
Tan fieros bichos;
Porque está claro,
Que V. mismo el remedio
Tiene en su mano.
Una cuenta pasarles
Puede como esta,
Y usted verá, mi amigo,
Qué paso llevan;
Pues ni las ratas
Querrán el hospedaje
De vuestra casa.»

FERDUSI.

CARTA DEL MORO VARGAS AL "MORO MUZA"

(CONTINUA.)

—Piedra que rueda, no eria moho, dijo sentenciosamente Tizon.

—Magnífico espectáculo, añadí yo, para un Cadi de mi tierra. Allí que se castiga severamente á una mujer por enseñar la punta de la nariz, no sé que providencia tomarían con estas despreocupadas. —No es sorprendente, con tales datos, el pronunciamiento abdominal que se observa en niñas que no representan mas de doce ó trece años.

—El sol vá cayendo, y mientras las damas se acomodan, pasa rato, interrumpió el jefe. Veo que las otras columnas se disponen á emprender la marcha para sus destinos. ¡En marcha también nosotros!

La tarea de instalar á unas doscientas mujeres en carretas, en volantas, en caballos, en cuanto se encontraba á mano, fué realmente prolija. Empezó el movimiento al anochecer, y

era de ver la paciencia con que Oficiales y soldados sufrían impertinencias. Una decía, lastimeramente, que era inhumanidad ponerse á caminar con luna. Otra se quejaba de que su caballo no tenía paso. Una tercera pedía que la columna volviera al campamento, donde había dejado la cotorra. Solicitaban alto tres ó cuatro, para apartarse un poco á examinar la yerba. Si tropezaba un bucy, gritaba una docena. Si se oía un tiro en el flanco, gritaban todas, y los chicos no necesitaban de estos motivos para gritar constantemente.

Aquello era una algarabía infernal.

Y á todo acudían aquellos pacientes soldados, subiendo á unas y bajando á otras; cargando á cuestras los chicos; repartiendo así agua y galleta como consuelos y chistes.

Las seis de la mañana serian cuando se tocó alto para descansar y preparar los ranchos. El lugar escogido era un ingenio incendiado y solitario, muestra patente del paso civilizador de los rebeldes; pero aun quedaban allí frutales y ganado, que con el repuesto de las acémilas ofrecían la perspectiva de un buen almuerzo, precursor de mejor sueño.

Mientras lo preparaban, no el sueño, volví á la serie de mis preguntas, que esta vez satisfacía un teniente, natural de Santiago de Cuba, guapo chico y mas que guapo, listo. Dos cruces rojas del mérito llevaba sobre el corazón, que decían bastante de sus condiciones militares.

—Creía yo, le dije, que todos los cubanos estaban en el campo insurrecto. Así lo he visto repetido en los periódicos, que pintan el levantamiento general de la isla contra los españoles.

—Ya supongo en qué clase de periódicos haya V. podido encontrar semejante noticia. No hay medio que no crean santo y bueno para sus fines, y esto es uno de los que han puesto en juego desde un principio. La insurrección ha sido hecha por cubanos: en esto no queda duda, pero los mas y los mejores la han anatematizado, porque no podía ocultárseles que no es guerra de independencia la que se hace, sino guerra social y salvaje contra el cristianismo, la propiedad..... en una palabra, contra la civilización. Los cubanos que han dirigido el movimiento revolucionario, son hombres que gastaron el capital de sus abuelos, y que arruinados por los vicios, eran perseguidos judicialmente, por deudas, estafas, ó cosas peores. Tales son el bigamo Céspedes, Quesada y muchos otros que figuran como generales, ministros, o cuando menos, representantes.

A estos hombres se agregaron una falange de médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, caballeros de industria, algunos ociosos, corto número de ilusos paganos, dominicanos, venezolanos y mejicanos que querían hacer paréntesis al hambre; la juventud de las escuelas, que si es levantisca y entusiasta en todos los países del mundo, en este venía sufriendo una propaganda de muchos años, y aquí tiene V. la insurrección.

Por el tiempo del alzamiento no había en Cuba soldados, ni las ocurrencias de España permitían considerar la importancia que pudieran tener. No la tendría, á no haber coincidido aquellos sucesos. Los campos estuvieron abandonados, algunos, como los de este Departamento, por mas de un año, y su gente sencilla é ignorante como ninguna, creyó como el evangelio cuanto le contaban, enseñándose el escrito en letras de molde. Que los españoles eran antropófagos, ó poco menos; que habían sido arrojados de la isla, y que en lo sucesivo ella, ni pagaría contribuciones, ni haría otra cosa mas que lo que de su voluntad fuera.

Esta buena gente se acostumbró pronto á tomar el caballo y el bucy que veía como propiedad comunal, si no era procedente de algun picaro paton, á casarse en la manigua, á saludarse mutuamente con el título de ciudadano y á llamar *Cuba libre* al agua con azúcar.

Esta es la insurrección, exactamente bosquejada. No busque V. en ella los cubanos de distinción, sea esta por nacimiento, capital ó inteligencia; si alguno hay, como excepcion, la generalidad, los mas y los mejores, como antes he dicho, están enfrente.

Por ello no transijimos con que se hayan apropiado el nombre de *Cubanos*, y para la necesaria distinción, será preciso que nos apellidemos en lo sucesivo hispano-cubanos, dejándoles en completa libertad de denominarse á su vez cubano-caribes, ó cualquiera otra cosa.

La distinción es tan necesaria, que ya, por la fama adquirida en Nueva-York, les han aplicado una, colocando en los hoteles rótulos que dicen:

«SE ADMITEN ESPAÑOLES DE ESPAÑA.

NO SE ADMITEN ESPAÑOLES DE CUBA.»

—¿Cómo! ¿A pesar de los consabidos periódicos?

—Probablemente, por los mismos periódicos. Mas no es solo en Nueva-York donde se publican: los hay en Mérida y en Vera Cruz, en Santo Domingo, en París, y en el mismo Madrid.

—Hombre, eso ya es mucho. ¿Cómo se consiente que en la misma capital de España se insulte á España?

—Psí..... Hay libertad de imprenta.

—¿Libertad para ajar la dignidad de un pueblo? No entiendo de esto: pero si las leyes fueran tales que impidieran al Gobierno obrar como lo haría el del emperador mi amo, no sé cómo el mismo pueblo lo consiente. Amplias son las libertades en esos Estados-Unidos, tan cacareados, y mas de una vez se ha visto salir á la calle, por la ventana, el director, redactores, formas, cajas y hasta el regente de la imprenta de algun periódico. En Madrid mismo creo que ha sucedido una cosa parecida, no hace mucho tiempo.

—Así es, aunque por distinto motivo.

Interrumpió esta discusión el almuerzo, interrumpido tambien por el sargento Longinos, que, la mano en el sombrero, se acercó á Montaner participando se veía un grupo como de cien *mambises*.

—La de siempre, dijo aquel jefe: han olido familias, y tratarán de embromarnos aprovechando la magnitud de la impedimenta, para molestar la retaguardia. Observó un momento en pie los accidentes del terreno y la dirección del enemigo, y adoptando resolución, siguió: —Capitan Juarez, tome V. 25 hombres y vaya por dentro de la manigua á emboscarse en aquel recodo de la izquierda.—V., Tizon, con 40 caballos de la contraguerrilla, tome una media legua de rodeo, y vaya á salir por detras del cayó del monte, donde seguramente quieren apostarse. Los demas, que sigan almorzando.

Para confirmar esta última parte de la orden, volvió á su puesto, y continuó haciendo los honores á los platos con el apetito que dió una noche de marcha.

Sonó una descarga. Despues otra.

A la primera, saltaron como por máquina los soldados, alistando las armas y caballos y fijando la impaciente mirada en su jefe. Este, impasible, pidió el café, reprendiendo al asistente, que padecía distracciones, desde el momento en que marcharon las fuerzas.

Las mujeres se habían alborotado, y esta vez nadie se cuidaba de ellas; pero la expectativa no fué muy larga. Tizon y Juarez vinieron á ocupar su sitio, como si tal cosa.

—¿Qué hubo? preguntó Montaner.

—Cayeron nueve y los demas se dispersaron; pero ahí vienen dos sinsontes que nos dirán qué partida era esa y á dónde iba. No suelen ya encontrarse con tanta gente.

—¿Son así las batallas de esta guerra? interrogué al Comandante, mientras los otros daban ocupación á los dientes.

—Casi siempre. En un principio elegían los *mambises* magníficas posiciones, construían trincheras formidables, ó fortalezas formales, como la del Asiento, empleando en ello muchos días y muchos negros, para abandonar las obras en pocos minutos, por regla general, si bien hubo excepciones, como la de Palo Quemado el 1º de este año, en que nos costó mucha sangre tomar una. Despues han dejado este sistema y el de toda resistencia. Lo difícil ahora es darles vista, y mucho mas, alcance.

—¿Cobardes cubanos! murmuré entre dientes.

—Cobardes *mambises*, querrá V. decir. Los cubanos no son cobardes. Cubanos son, en mas

de la mitad, los que componen esta columna; cubanos en totalidad los regimientos de la Habana y de Guines, que tanto se han distinguido en la campaña; cubanos, los voluntarios de Holguín y de Colon y de tantas y tantas partes, regadas con su sangre generosa hasta alcanzar el renombre de que gozan; cubanos muchos jefes y oficiales del ejército en todas las armas. Los *mambises* son cobardes, porque no cabe el valor en malas causas, cuando la conciencia arguye contra el brazo. Son cobardes, porque jefes de las condiciones que ya V. conoce, no pueden inspirar confianza: gracias á que inspiren temor á los que mandan.

Nada me atreví á contestar: estaba perfectamente conforme con tales apreciaciones.

Desde allí nada ocurrió notable, hasta la llegada á Puerto-Príncipe, donde fué recibida la columna con música y vivas, acudiendo inmenso gentío, ya á buscar entre los presentados, parientes, amigos, ó noticias del campo, ya meramente por curiosidad á las reciénvenidas, que no estaban muy conformes con exhibirse en aquel pelaje, por mas que hubieran hecho conatos de *toilette* en el camino.

He dicho, Muza, que no estoy para descripciones. Vi despacio la capital del Camagüey: díjéronme á que estado se había visto reducida cuando llegaron á bloquearla los insurrectos, y la diferencia que va de ayer á hoy, muy distinta de aquella que lo enseñaba á las flores. Todo esto debe importarte poco, y me importa á mí mucho dar fin á esta carta, que vá picando en historia. A no ser así, te diría algo de la cintura de fuertes, tan fuertes como bonitos, que el ingeniero cubano Portuondo dirigió y estableció para consuelo de laborantes y espanto de volanderos insurrectos. Bástete saber que la torre de la Merced, aquella que derribó Ignacio Agramonte con el disparo de un cañón de montaña, situado á nueve kilómetros de distancia, continúa asomando la cúspide por encima de las otras torres, y que tiene trazas de retar por muchos años á las turbonadas, algo mas temibles que los cañones de Ignacio.

Al grano.

Debes suponer que, no habiéndose logrado mi deseo de conocer personalmente al gran Céspedes, había de pretender ver siquiera al Caballero de Rodas, que si no tan grande, es, al fin, Gobernador de esta insula, y me es familiar de nombre desde la campaña de Marruecos.

Observé que no había guardia, ni mas de un ordenanza á la puerta de su casa, estando en el centro de la guerra. Sape que paseaba á pié por todas partes: que era accesible á las viejas y á los negros, dos plagas capaces de tentar la paciencia de Job, y todo ello me animó á presentarme, sirviéndome de introductor el mismo Montaner.

Me recibió afablemente, diciéndose enterado de una parte de mis aventuras, y aunque no tengan el interés de las del jóven Anacarsis, le hice completa relación, que escuchó complacido.

—¿Desca Vd. todavía mas datos de los *mambises*? me dijo.

—Muchos he remido, contesté, pero no son los suficientes.

—Pues voy á dar á Vd. cuantos pudiera apetecer. Hace pocos días que han ocupado las tropas los archivos de la Cámara, de Agramonte, de Manuít, de Bembeta, de Madrinales, con mas un número erecido de papeles de otras procedencias, que forman la historia completa de la rebelión, desde su cuna.

—De modo que puedo ver á los *mambises* pintados por si mismos?

—En la habitación contigua puede Vd. ver su pintura y su proceso.

Pasé. Allí había un ayudante, con graciosos hoyuelos en la cara y trazas de escupir por el colmillo, pero fué conmigo extremadamente obsequioso y amable, habiendo oído la orden del General.

—Vaya, Sr. Moro, me dijo, llevándome á una mesa literalmente cubierta: aquí tiene Vd. donde divertirse.

Había allí papeles de todas formas, tamaños, colores y figuras, y aun escritos en hojas de plátano ó yagua, indicando la escasez de recur-

sos de la república: colecciones de periódicos *mambises*; libros y cuadernos copiadotes de órdenes y cartas; un mundo, en fin, de documentos, perfectamente ordenados por materias y fechas.

—Aquí tiene Vd. lo mas fresquito, prosiguió el Ayudante, señalando un legajo. Esta es la correspondencia cogida á los filibusteros del Upton; pero puede Vd. elegir cualquier otro: no hay nada de desperdicio.

Arrellanado en un mecedor, tomé el paquete indicado, y tiré al azar de una carta que resultó ser de mujer.

«Me parece muy bien, decía, esa religion espiritualista que me esplicas. Me gusta, porque la describes tú; pero has de tener entendido que nací católica y católica he de morir. No cabe en mi alteracion en esta materia.»

Alah bendiga á esta niña. Tuvo la desdicha de poder su amor en un..... en un renegado, este es el nombre apropiado del individuo que pretendia que apostatará la mujer de su elección! Digno viajero del Upton.

Otra carta. Despedida á los padres.

«Voy en una expedicion arriesgada. No se sabe donde desembarcaremos, ni si habremos de rodar hasta que quiera el diablo. El diablo digo, porque ya sabeis que Dios es para mí cero á la izquierda.»

—¿Sabe V. que, para piratas, no se explican mal estos señores?

—¿Por qué?

—Porque veo que han suprimido á Dios.

—No han sido ellos los supresores, sino el Gobierno de Cuba libre. Aquí hallará V. mas de una prueba. En los primeros tiempos del levantamiento hubo una grave discusión sobre si había ó no de adoptarse la fórmula «Dios, Patria y Libertad» de otras repúblicas americanas; pero conviniendo en que estas andan algo atrasadas, se acordó poner P. y L. en los documentos oficiales, y como sin Dios no había para qué tener corte celestial, se acordó tambien que si una finca se llamaba Santa Tecla, se registrase como Tecla en lo sucesivo, y el individuo apellidado Santander, fuera conocido por Tander á secas.

Esta regla se ha seguido tan al pié de la letra, que un sub-prefecto Varela, fusilado en Puerto-Príncipe, dijo al capellan que procuraba exhortarle, «que le dejara tranquilo con su Dios, pues que ya era viejo para andar con mojigangas.» Goicuria arrojó el crucifijo que le presentaban. Agüero expuso que no creía mas que en la materia.

—No quiero mas Upton, señor Ayudante: me repugna lo que he visto.

—Pues aun hay cosas mejores y de distinta índole: pero es igual. Ese paquete contiguo contiene órdenes de Quesada, Jordan, Agramonte, &c.

—Veamos.

Orden. Que cuarenta libertos vayan á molar al ingenio A.

Otra. Se envíen cincuenta libertos al ingenio B.

Otra. Treinta libertos al ingenio C.

El sub-prefecto del Zanjén consulta si se ha de dar algo de los frutos á los libertos, como trabajo del domingo.

Contestacion. Los frutos y el trabajo pertenecen á la República.

Circular. Que se ha visto con sorpresa que los libertos y libertas forman campamento, y viven á sus anchas sembrando tabaco y viandas. Que se les persiga y se hagan caer sus cabezas para que no las levanten. (1)

—¿Canastos!

—¿Qué le pasa á V., Vargas?

—¿No habían dado los insurrectos libertad á los esclavos?

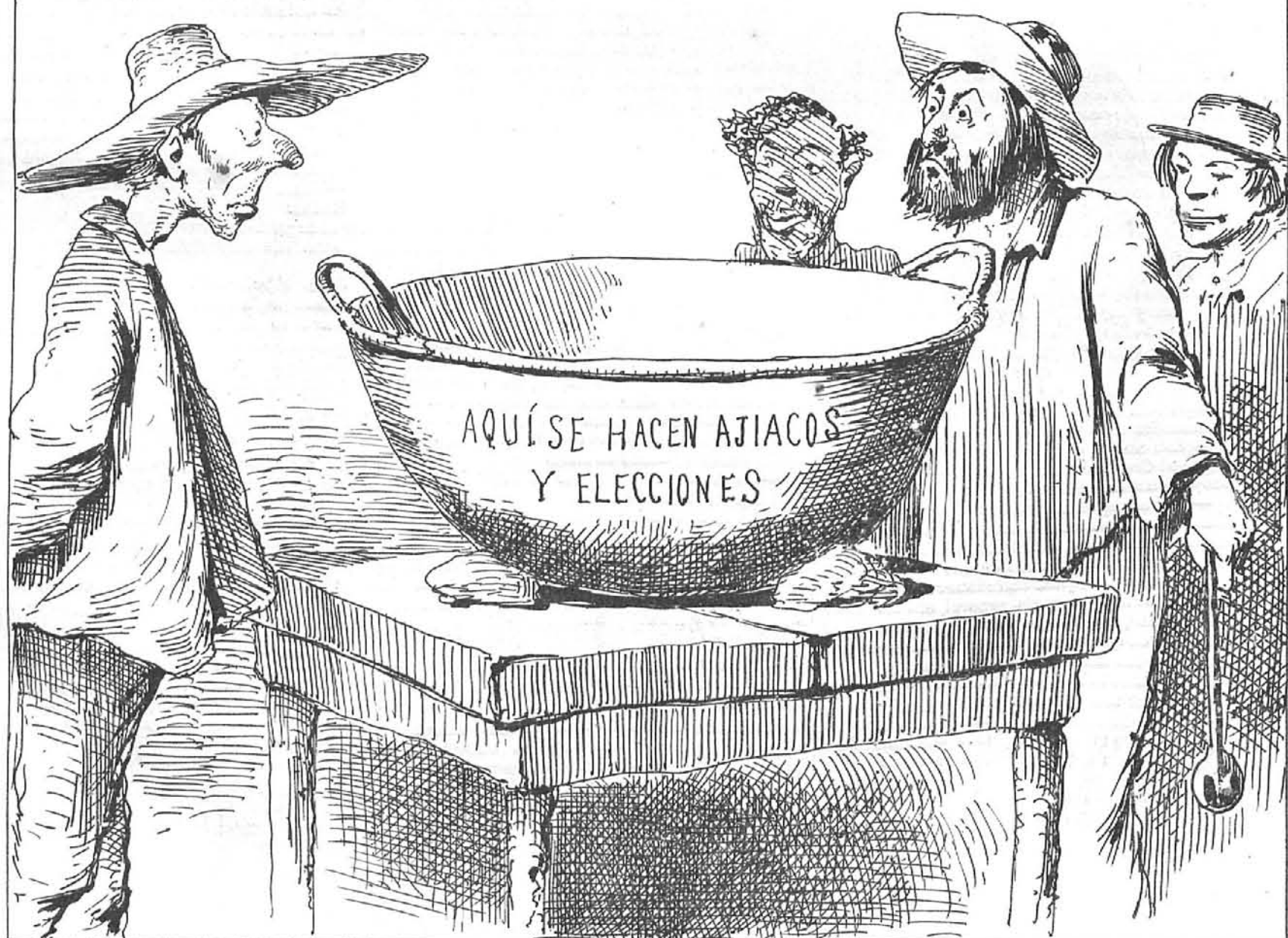
—Si; por eso verá V. que los llaman libertos.

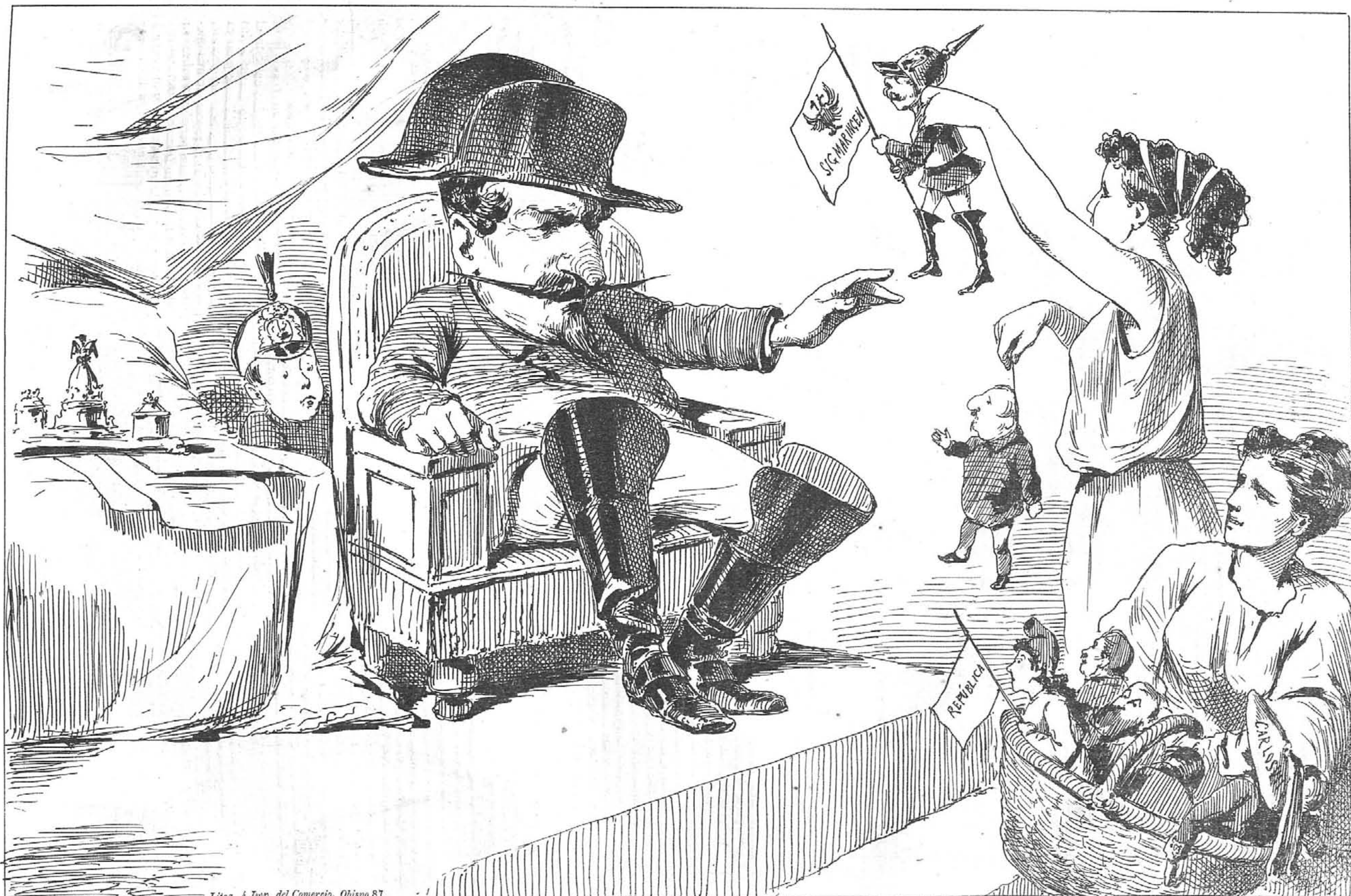
(Continuad.)

(1) Nada de esto es invencion. Los documentos de donde se ha extractado todo, existen en poder de nuestra primera Autoridad. Sépanlo así Mr. Sumner, y todos los filántropos que han creído que la república cubana daría la libertad á los esclavos. N. del M. M.



—Oiga, Valedor, no sirva de esa manera á la causa en Veracruz mire que le mortifico.





Litog. & Imp. del Comercio, Obispo 87.

—Señor, os gusta Montpensier? —Oh! no, prefiero cualquier otro. —Y Espartero? —Oh! no, primero Montpensier. —Y Cárlos Sétimo? —Primero el duque de Aosta.
—Y Don Fernando? —Primero Cárlos Sétimo. —Y la república? —Primero Don Baldomero! —Y..... este otro? Primero..... el Diluvio Universal!!

UN CALDERO ELECTORAL.

Entre los documentos recientemente cogidos á los rebeldes, hay uno que puede servir de ejemplo para demostrar que tambien es susceptible de excepciones el popular adagio *¿Quién es ella?* Me refiero á aquel en que un tal Fernando Varona, Sub-prefecto de la república montañesa, dá cuenta de los esfuerzos extraordinarios que ha tenido que hacer para poner al servicio de la causa libertadora el caldero de un tal Antonio Serrano.

Sí, lectores, porque, tratándose de una caldera, el adagio estaria en su lugar; pero se trata de un caldero, que no es Varona, sino varon, y en tal caso, no debia preguntarse: *¿Quién es ella?* sino: *¿Quién es él?* (1).

Sea como fuere, lectores, desde que yo vi que habia un caldero en campaña, comprendí que el negocio tendria importancia cobriza, y es que al cabo de cerca de diez años que hace ya que viví en Jesus del Monte, no he podido borrar de mi memoria el caldero que dejaron en mi calle los que debian asfaltar un baño de mi casa; caldero que tenia la rara virtud de espantar á las caballerías, en términos de no poder nadie ir á verme á caballo, ó en carruaje, sin exponerse á morir estrellado; caldero que me hizo variar el nombre de dicha calle, á la cual titulé desde entonces «Calle del Caldero», y caldero, en fin, que me obligó á cambiar de domicilio, no poco alarmado durante mi caminata;

Pues, con verdad lo asevero,
Cuando á la Habana volví,
Me pareció que el caldero
Se venia tras de mí.

Desde entonces, ¡ay! los calderos son mi pesadilla; tanto que no puedo oír en la música una de esas pausas que denotan lo que se llama un caldero, ni leer las obras de Calderon de la Barca, sobre todo, desde que un escritor francés se permitió traducir el mencionado apellido, llamando al sublime autor de *La Vida es sueño*, Mr. Chaudron, sin recordar el terrible caldero de Jesus del Monte.

Y luego, huyan ustedes de los recuerdos fatídicos, si quieren verse perseguidos por ellos, pues parecen ejercer sobre las cosas morales el atractivo que para los golpes físicos tienen las dolencias locales del cuerpo humano. Un día quiero improvisar, para olvidarme del caldero, y me acuerdo en seguida del calderero de Puerta Cerrada, famoso improvisador á quien dijo Felipe IV:

«Me han dicho que viertes perlas,
y él contestó inmediatamente:

«Sí, señor; mas son de cobre,
Y como las vierte un pobre,
Nadie se baja á cogerlas.»

Apartando la imaginación del calderero, la llevo á los galanteos del citado monarca, y me encuentro con la célebre actriz conocida por la Calderona, de quien nació el segundo de los Juanes de Austria, con lo que, á despecho mío, vuelvo á pensar en el caldero.

¿Quereis mas, lectores? El sábado último me puse á leer el apreciable colega *Diario de la Marina*, cuyo artículo de fondo estaba consagrado á refutar las ridículas invenciones propaladas por los órganos del laborantismo, y dije para mí, corroborando la opinión de dicho estimable colega: «Esos hombres que mienten con tanta insolencia, se conoce que han llegado al extremo de la desesperación,

Y á impulsos del hado fiero,
Como no les va á quedar
Esperanza, ni dinero,
Están dispuestos á echar
La sogá tras el caldero.»

(1) Nuestro apreciable corresponsal de Holguín, como verán nuestros lectores, opina que hay casos en que se debe preguntar: *¿quienes son ellas?* N. del M. M.

¡Vive Dios! exclamé; ya pareció aquello, y despues de enterarme de otras materias, pasé á la lectura de los preciosos documentos que nuestros soldados han cogido á los mambises. A poco rato dí con la comunicación del Sub-prefecto de Cahobabo, en que se dice que el ciudadano A. C. Zaldivar, sacudió una paliza republicana á su asistente el liberto Juan Agüero, por no haber este querido cargar con un barril de agua, siendo así que Agüero ya es cosa de agua, y parece que nadie mejor que un Agüero debe surtir de agua á los sedientos libertadores. Pues señor, dije, ya quebró la cuerda por lo mas delgado, aun entre los mas rabiosos demócratas; pero ¡qué diablo! con un caldero viejo se remienda otro nuevo..... y he aquí otra vez el recuerdo del caldero de Jesus del Monte viniendo á turbar mi regocijo.

Continué la lectura de los documentos citados, en los cuales hay cosas tan divertidas como aquella comunicación del doctor Arteaga, Jefe de la Junta Superior de Sanidad, en que se dice: «En Caunao no obedecen las disposiciones de esta Jefatura: cada uno hace lo que quiere de.» y mi sorpresa subió de punto al llegar al oficio del Sub-prefecto Fernando Varona, por lo que motivó ese fatal oficio que quiero reproducir con las observaciones caldereteras que me sugiere.

Dice así: «Sub-prefectura del Cuartón de Altamira—J. de la R..... Participo á V. que hace tiempo que habiendo sabido que en la Bigia (1), sitio de Juan Recio y correspondiente á este cuartón, habia un caldero grande, propio para hacer sal.....»

Lo de la sal me tranquilizó, porque el caldero de Jesus del Monte tambien era grande, aunque era propio para hacer asfalto y no sal; de modo que no debia este caldero ser el otro caldero. Sin embargo, por la mala voluntad para el trabajo que mostró aquel cuyo recuerdo me persigue, bien pudo pertenecer al partido reformista, y con el pretexto de preferir la sal al asfalto haberse ido á disfrutar las delicias de *Cubita libre*, á fin de no hacer asfalto ni sal, ni ninguna otra cosa Veamos, continuando la copia del oficio.

«Le pregunté al C. Antonio Serrano, que es el que vive en esa como alojado, y me dijo era falso, que no habia tal caldero.»

¡Valiente tunante debe ser ese Antonio Serrano! dije yo, al ver cómo, negando, afirmaba la existencia del caldero. Esto es claro, pues, por aquello de que dos negaciones afirman, el decir que es falso que no existe una cosa, equivale á declarar que es cierto que la cosa existe; pero el Sub-prefecto Varona, que es de los que entienden al revés lo que se les dice, creyó que el C. Antonio Serrano negaba la existencia del caldero, segun se deduce de estas palabras de su mencionado oficio:

«Sin embargo, despues me dijeron que lo tenia escondido; volví á mandar por él el viérnes para derretir la cera del Jovo y despues determiné pasarlo á esta Sub-prefectura para cocinar en él el sábado, día de la votación.»

Miren ustedes para qué queria el caldero el Sub-prefecto Varona, ¡para cocinar el sábado, día de la votación! Bien que eso es natural, porque despues de hacer el rancho para los electores en el caldero, el Sub-prefecto haria servir al tal caldero de urna electoral para el depósito de las papeletas, confirmandose así el título que á dicho caldero he dado en el epígrafe de este artículo, y me sostengo mas en mi opinión al ver que las elecciones se hacian en sábado, día en que las brujas

(1) «Bigia» por «Vigia.» Si los mambises sufren mas sorpresas que nuestros soldados, debe consistir en que estos vigilan con v, mientras aquellos bigilan con b.

arman sus alborotos con chismes de cocina; si bien debo suponer que los libertadores cubanos quisieron celebrar su fiesta electoral en sábado, día de Saturno, tal vez para honrar así al Dios que devoraba á sus hijos. Pero, señores; si el citado caldero es el de Jesus del Monte, y tan pronto se ocupa en hacer asfalto, como sal ó ranchos, en derretir cera y en ayudar á las elecciones, ¿para cuantas cosas sirve ese maldito caldero? Prosigamos el oficio:

«Hoy, día de la fecha, ha venido el ciudadano Serrano con mucha autoridad á que le diera el caldero.»

Luego, ¡era verdad que el caldero existía! ¿Pues no dijo el C. Antonio Serrano que era falso que no existiese? Pero ahora comprendo que el C. Antonio Serrano habló con impropiedad, para que le entendiese el Sub-prefecto Varona, cuyo oficio sigue diciendo:

«Porque en él cocinaba, y le manifesté, que por ahora y tal vez para luego lo necesitaba yo tambien (¡así se respeta la propiedad privada en la república maniguera!), que si queria yo le daria una olla de barro, (eso es, ¡una olla de barro por un caldero de cobre! Esto me recuerda la ganga de aquel que propuso á otro cambiar un botijo por un reloj de oro, fundándose en que, aunque el reloj tenia mas valor, no hacia el agua tan fresca como el botijo,) para que cocinara, y me dijo con mucha cachorrada (sorna, quiso decir este cachorro) que no queria la olla de barro; que lo que queria era el caldero; entonces le dije que el caldero no se lo daba porque no me daba la gana.....»

Razon de autoridad republicana, que no puede ser mas concluyente. Solo faltó el apéndice de la del cedazo: «Tia Fulana, dice mi madre que me preste V. un cedazo claro.» «Anda, hermoso, dí á tu madre que no me dá la gana, y que si lo quiere mas claro?» Atónito debió quedar el C. Antonio Serrano y mas cuando el Sub-prefecto añadió lo siguiente:

«Que el caldero, él, yo y todos los habitantes y efectos de la Isla, eran de la causa, (¡bonita causa la que así dispone de los hombres y de los calderos!) y que se retirase inmediatamente de mi presencia, antes que me obligara á tomar otro procedimiento. (¡Demonio! ¿querria el hombre romper la cabeza de Antonio Serrano en el caldero, ó el caldero en la cabeza de Antonio Serrano?) Entonces se retiró diciéndome que iba á quejarse de despojo.»

Y tenia razon, porque el caldero electoral era suyo. Al fin debió recobrar el Serrano su caldero, segun se desprende de esta P. D. del oficio, que prueba que los oficios de los Sub-prefectos tienen *Post data*.

«P. D. Se me olvidaba advertir á V. que por segunda vez mandé por el caldero y me mandó á decir Serrano que no me lo mandaba, entonces le mandé otra orden diciendo que sin excusa ni pretexto alguno lo remitiera, cuya orden puedo presentar á V.

Mandé, mandé, mandaba, volví á mandar. Todos mandan en esa república, que no tiene nada que ver sin duda con la humana sociedad, puesto que, segun Quevedo, solamente

«Los ricos y los que mueren
Son los que en el mundo mandan.»

En cuanto á mí, no me ratifico en que el caldero que tanto ha dado que hacer á los mambises sea el de Jesus del Monte; pero ya que este me fastidiase á mí tan en grande, celebro que otro turbe el reposo de mis enemigos, los cuales tienen pendiente sobre su cabeza una espada de Damocles, en forma de caldero, que puede aplastarlos de la noche á la mañana, y aun creo que ha debido caer

ya el tal mueble, puesto que no hay quien dé razón de Céspedes ni de los principales libertadores de calderilla.

EL MORO MUZA.

DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE.

NOVELA QUE NO ES CULPA DE SU AUTOR, SI TIENE ALGO DE SENTIMENTAL.

Muchos días continuaron los alegres paseos de la joven pareja, con gran satisfacción de Ernesto, que impaciente esperaba todos los días la hora de ver a su amada, de cuyo amor estaba tan orgulloso, que bien podía tenerse por el hombre más feliz de la tierra.

Sin embargo, el amor de Ernesto, habiendo llegado a su apogeo, empezó a descender, que no hay como llegar a la posesión de los más ansiados bienes para tenerlos en poco, y tanto más decrecía el amor de Ernesto, cuanto más aumentaba el de Adela.

Al cabo de algún tiempo, nuestro galán, que de todo se cansaba, empezó a cansarse de los referidos paseos, y con varios pretextos trató de hacerlos menos frecuentes.

Insisto en ello. El hombre es el animal más raro y caprichoso de la creación. Nunca se encuentra satisfecho. No vive más que ansiando alguna cosa, para volver a desear otra, cuando logra aquella por la que antes suspiraba.

Y cuenta que Ernesto estaba enamorado de veras; Adela era la única mujer que le había fijado, y sin embargo, cuánta diferencia en tan corto tiempo!..... Por uno de aquellos paseos que ahora le mortificaban, hubiera dado antes su existencia.

Si la mujer conociera sus verdaderos intereses, nunca haría concesiones de las que al fin ha de arrepentirse, y que suelen tener un funesto desenlace.

Para sostener a un hombre en los límites de una verdadera pasión, es necesario cierto tira y afloja en el que no todas están dadas. Bien es verdad que esto no se puede exigir de una cándida paloma como Adela, que no está en condiciones de conocer las mil tretas de que un hombre se vale para hacerla caer en sus redes: verdad es también que las hay que lo hacen caer a uno sin dejarle siquiera el tiempo necesario para pensar lo que le ha sucedido; y váyase lo uno por lo otro.

Un toro *placado* ya, no hace caso del engaño, y se va derecho al bulto menospreciando la suerte del *diestro*, pero a un pobre becerrito que sale por primera vez a la plaza, con muy pocos *pases de muletas* se le *trastea*, y viene a doblar la cerviz ante el *diestro* que se engríe con su victoria, cuando esta, más que a su habilidad, es debida a la inexperiencia del animal.

En este caso se hallaba la pobre Adela. La comparación podrá tal vez no ser elegante, pero es exacta, y todo cede ante la exactitud y la verdad.

Tal vez llegue algún día en que Adela, práctica ya en lides amorosas, conozca el engaño, y haciéndose recelosa, se vaya derecha al bulto y maree al *diestro* que trate de *trastearla*.

Hemos dicho que Ernesto, que de todo se cansaba, empezó a cansarse de aquellos paseos, y trató, con varios pretextos, de que fueran menos frecuentes. Adela lo conoció al momento, y puso en juego todos los resortes que le sugirió, no solamente su amor, sino su dignidad ofendida, para despertar de nuevo la pasión en el corazón de Ernesto; pero aquella pasión no despertó, por la sencilla razón de que no estaba dormida. Era que había muerto del todo; y para hacerla resucitar otra vez, se necesitaban medios que no están al alcance de la mujer ni de nadie. Tal vez, dejándolo al tiempo, a la casual-

lidad, ocurriría, sin pensarlo, algún acontecimiento que variara por completo la faz de las cosas y las trajera a su primitivo estado.

Adela lo comprendió así, porque las mujeres, aun las más inocentes, comprenden estas cosas con suma facilidad, y no encontrando refugio alguno, ni otra esperanza que D. Ambrosio, volvió los ojos hacia él.

Está de Dios que en todos los lances amorosos, y aun en muchos que no lo son, ha de haber uno que desempeñe el papel de víctima, y hasta que lo sea en realidad. Siempre hay la persona que hace, y la persona que padece. Veremos si esta última lo será Don Ambrosio.

Antes de decidirse Adela, quiso tocar el último resorte.

Hacia días que se encontraba triste, porque no veía a Ernesto, y siempre que mandaba recado a su casa, le contestaban que había salido. No había razón para engañarse respecto al motivo de aquellas contestaciones.

Una mañana se asomó al balcón, a la hora en que D. Ambrosio tenía la costumbre de pasar por la acera de enfrente. Le vio llegar, y sea dicho en honor de la verdad, no le pareció tan ridículo como otras veces. Lo estuvo contemplando largo rato, y cuando lo vio próximo a doblar la esquina inmediata, se atrevió a saludarle. D. Ambrosio que, como hacía todos los días, había vuelto la cara para contemplarla antes de marcharse, quedó como clavado en aquel sitio, y no atreviéndose a dar crédito a lo que sus ojos habían visto, volvió para atrás todo confuso. Al pasar por delante del balcón, Adela le hizo un saludo amistoso con la mano y se sonrió con coquetería. El pobre hombre se deshizo en cortesías, sin saber lo que le pasaba. Ella notó el buen éxito que había tenido aquella pequeña prueba de su ascendiente sobre D. Ambrosio, y satisfecha de que todavía lo podría manejar a su antojo, se retiró del balcón, haciendo una pirueta y frotándose las manos con aire satisfecho.

—Bravo, bravísimo, dijo; toquemos ahora el último resorte. Y bajando precipitadamente la escalera, se dirigió a casa del Vizconde, donde entró sin hacerse anunciar y sin que ninguno de los criados se atreviera a detenerla.

(Continuará.)

CIDE HAMETE BENENGELI.

CUATRO VERSOS BIEN PAGADOS.

A lord Byron llegó a pagársele una libra esterlina por cada verso. Víctor Hugo no ha conseguido tanto, en general; pero cuatro de sus versos han obtenido una recompensa muy superior a la que por todos los suyos alcanzó el poeta inglés.

Nos ha hecho recordar esta historia la reciente muerte del célebre revolucionario Armand Barbès, y el haber leído en los apuntes biográficos que de dicho personaje han publicado los periódicos, la especie de que en 1839 fué indultado de la pena de muerte, a instancias del duque y de la duquesa de Orleans.

El hecho fué el siguiente:

Barbès había sido sentenciado a muerte y estaba en la capilla esperando su hora. Eran cerca de las doce de la noche, y el duque y la duquesa de Orleans que, efectivamente, intercedían en favor del reo, no habían conseguido nada de Luis Felipe, quien, de acuerdo con su Consejo de ministros, persistía en la ejecución de la sentencia. Víctor Hugo llegó entonces a las Tullerías solicitando ver al rey, gracia que no le fué concedida. Pero daba la rara casualidad de que en aquel mis-

mo día acababa de nacer un niño y de morir otro en la familia real francesa, estando uno en la cuna y otro en el ataúd. El autor de las Orientales pidió tintero y papel, y escribió en la ante-cámara lo que sigue:

Par cet ange, envolé ainsi qu' une colombe;
Par ce royal enfant, tendre et frère rossau:
Grace au nom de la tombe!
Grace au nom du berceau! (1)

Victor Hugo.

Era cerca de la una cuando reapareció Luis Felipe, cada vez más resuelto a negar el perdón de Barbès, que en vano solicitaban personas de la mayor influencia, entre otras, los duques de Orleans; se acercó a la mesa, tomó el papel que sobre ella había dejado Víctor Hugo, leyó los cuatro citados versos, que le hicieron llorar como un niño, y sin hablar una palabra más, entró corriendo a firmar la conmutación de la pena.

Los cuatro versos valieron, pues, al autor la vida de dos hombres; porque Blanqui también había sido condenado con Barbès.

¡Ah! ¿Por qué ese insigne poeta que se llama Víctor Hugo, y que hace tan preciosos versos, ha de haber invadido el terreno de la política en que desbarra tanto y con tanta frecuencia!

OLLA PODRIDA.

Carta escrita por un joven *mambi*, en que se dicen muchas verdades, pero con ese desorden de ideas tan propio de los que han tenido una educación más revolucionaria que científica. He aquí ese anárquico documento.

Mi querido papaito,
De todo mi corazón:
Le escribo para decirle
Que me encuentro muy mejor.
Ya sabrá Vd. que Quesada
Para el Norte se fugó,
De lo que me alegró mucho,
Pues no era más que un ladrón.
Yo pasé el cólera morbo,
Y convaleciendo estoy,
Por lo cual, dele un abrazo
A mi amigo Nicánor,
Y otro a mi prima Tomasa,
Y otro a mi primo Simón;
De modo que aquí las cosas
Marchan de mal en peor.
Petrona tuvo la culpa
De mi desventura atroz,
Pues con no poco trabajo
El médico me salvó.
El caso fué que Petrona,
Por quien tuve tanto amor,
Venir quiso a la manigua,
Y yo de ella vine en pos.
Y así fué que, en cuanto pudo
La Cámara un puntillón
Sacudir al tal Quesada,
Duro se lo sacudió.
Bien me acuerdo, papaito,
Del teatro de Tacon,
De mis camisas horridas
Y mis botas de charol.
Porque, como en todas partes
De miedo Quesada huyó,
Hoy con Doña Emilia vive
Conspirando en Nueva York.
Tanto, que ando sin zapatos,
Con un roto pantalón,
Y ¿qué tal? ¿Murió el lorito.
Que era tan conversador?
Solo diré que Petrona,
Por el viejo borrachón
De Aguilera perseguida,
A Céspedes se quejó.
Tres lavativas me echaron,
Y con el agua de arroz,
Dándome a oler a menudo
Un poquito de alcanfor;
Me libré de ir a la tumba,
Y Agramonte no tardó
En decirle al Presidente
Que era un solemne bribón.
Ya se vé, yo alimentaba
El más bárbaro rencor

(1) Por ese angel que ha volado como una paloma; por ese real niño, débil y tierna planta; ¡Gracia en nombre de la tumba! ¡Gracia en nombre de la cuna!

Que me infundió mi maestro
Contra todo lo español;
Y así fué que, á pocos días,
Petrona me abandonó,
Marchándose la bribona
Con un negro cimarrón.
Pues como Céspedes piensa
Convertirse en dictador,
Dígame si á Rosalia
Se le ha curado la tos.
¡Ah! ¡Quien hubiera creído
Que Petrona, sin rubor,
Me olvidase! Va descalza;
Lleva un sucio camison,
Y en lugar de enaguas, niguas;
De modo que, hasta el reloj
Me quitó mi digno jefe,
Don Aquilino Tuñón.
Hoy el General Cavada
Es el que lleva la voz,
Y ya he podido vestirme,
Con permiso del doctor.
De manera, papaito,
Que otro ingenio se quemó
Ayer, pues el tal Cavada
Siente falta de calor,
Y pensando que en la guerra
Todo ha de ser combustion,
Usa la tea incendiaria
Con desusado furor.
Ven, así, que mamaita
Tavo sobrada razon,
Cuando dejar á la ingrata
Petrona me aconsejó;
Pues, como siempre resulta
El contrario vencedor,
En el ejército libre
Reina la consternacion.
Poreso, para Charito
Tambien memorias le doy
Si esta llegare á sus manos,
Cual lo espera el portador;
Pues como aquí, en la manigua,
No hay cartero, ni buzón,
Yo no llegué á confesarme,
Por no encontrar confesor.
Pero mi amigo Barriles,
Que siempre fué farolón,
Por odio á los españoles
Ha parado en saltador.
¡El, que brillaba en el Louvre!
¡Lo que va de ayer á hoy!
Como que nadie obedeció
Aquí la Constitución.
Y además, el Sub-Prefecto,
Ante quien ya se casó
Ginés, marido de Blasa,
Con Chucha, mujer de Anton,
Es mi mayor enemigo,
Y así espero, por quien soy,
Que pida Vd. el indulto
De este pobre pecador.
Yo sé que en los españoles
Abunda la compasion,
Aunque les he calumniado
Cuando estaba en el error.
Conque, pues nada me vale
La presente profesion,
Que no cobro corretaje,
Siendo mambi corredor;
Haga por mí lo que pueda,
Y no se olvide, por Dios,
De decir á mamaita
Que me he quedado pelón.
Así se lo recomienda,
Llena el alma de temor.
Este, que besa su mano,
Su hijito,

JULIAN PEROL.

MISCELANEA.

Hole, hole, si me eligen.—La guasa ha estado á la órden del día en todos los círculos sociales durante la última semana, con motivo de la candidatura del príncipe..... ¿cómo se llama? Creo que me acercaré á la verdad nombrándole:

Leopoldo, Gil, Francisco, Juan, Antonio, Tomás, Martín, Ginés, Eugenio, Pablo, Segismundo, Julian, Modesto, Lucas, Severino, Prudencio, Estéban, Carlos, Ruperto, Ambrosio, Nicanor, Nemesio, Gustavo, Adolfo, Gumersindo, Ignacio, Pedro, Mariano, Veremundo, Higinio, Ramon, Manuel, Jacinto y Todos-Santos.

¿Y por qué esa guasa? ¿Por los nombres propios? No, puesto que sabemos que todos los Príncipes los llevan á centenares, sino por el apellido *Hohenzollern Sigmaringen*, que ningun español pronuncia con formalidad, y que se presta en nuestro idioma, ya que no á traducciones, á onomatopeyas capaces de imprimir el mas mortal ridículo en la cosa mas seria que pudiera ofrecerse. Uno decía: *Hole, hole, si me eligen*, otro..... pero han ocurrido equívocos que no pueden repetirse, pues traen á la memoria este final de un cuento bastante verde:

«Y, válgate Barrabás,
Yo tambien tengo vergüenza,
Y no quiero decir mas.»

Y que la candidatura *Hole, hole, si me eligen* era cosa seria, dígalos la general alarma que ha producido en Europa.

Dichosamente se arregló todo, de la única manera satisfactoria que entraba en lo posible. Si, porque apoyando el gobierno español la tal candidatura, hubieran bastado las amenazas de una nacion poderosa para que las Cortes votasen con el gobierno, y de consiguiente, para que el pueblo español sostuviese lo acordado, por aquello del personaje de Breton que recordamos en el número anterior, aunque al día siguiente de acabar la guerra, nuestro pueblo, quedando con honor, hubiese despedido al Príncipe por quien habia derramado su sangre. Solo ese príncipe podia impedir los males de la guerra, retirando su candidatura y así lo ha hecho. En nombre de la humanidad felicitamos, pues, por su noble comportamiento al príncipe Leopoldo, Estéban, Carlos, Antonio, Gustavo, Eduardo, Thossila Hohenzollern Sigmaringen, hijo del Burgrave de Nuremberg, Conde de Sigmaringen y Veriugen, señor de Halgerloch y Woehrstein, con otras cosas que nos recuerdan lo de la señora que aprendía la lengua de Racine: «Estos franceses, decía, tienen cosas tan raras, que escriben *couteau*, y pronuncian *cuchillo*». ¿No les seria mas fácil escribir y pronunciar *cuchillo*?

Nuestro querido amigo, el Sr. Ferrer de Couto, ha publicado en los apreciables *Diario de la Marina y Voz de Cuba* del viérnes, un comunicado, cuya lectura recomendamos á todo buen español. Se trata de la vida ó muerte de *El Cronista*, único órgano de la prensa que defiende la honra y los intereses de España en Nueva York, donde nuestros enemigos mantienen varios periódicos consagrados á la tarea permanente de mentir, para dar á los mambises la importancia que no tienen, de calumniar á nuestros hombres de gobierno, á nuestros voluntarios, á todos los leales defensores de la integridad nacional, enalteciendo á criminales como los de Cayo Hueso y á piratas como los del *Upton*. ¿Y será posible que allí, donde tanto se escribe y conspira contra nosotros, no haya quien ponga las peras á cuarto á los calumniadores? ¡Oh! Conocemos el patriotismo de nuestro pueblo, y estamos seguros de que se protegerá, como es justo y conveniente, la publicacion del *Cronista*.

A propósito de los mocitos vapuleados por *El Cronista*, parece que Quesada y su digno ayudante D. Pepito, se han ido á París á trabajar por cuenta propia. Eso les faltaba á los pobres parisienses; que despues de la peste de viruelas que estan sufriendo, les llegase la peste del laborantismo, llevada por un ladron desorejado.

Mas si el tal desorejado
Por sacar algo se afana,

Pienso yo que va por lana
Y ha de volver trasquilado.

Lo que podrá suceder es que sea portador de la viruela, cuando regrese á los Estados Unidos, cosa que no daria plato de gusto á Doña Emilia, aunque quizá con las viruelas lograra la bordadora de banderas inspirar alguna compasion;

Porque si esa impertérrita amazona
Viera mal tan horrible en su persona,
¡Jesus! ¡Ave Maria!
¡Virgen de las Candelas!
El mundo entero con razon diria:
«¡Pobre señora! ¡A la vejez viruelas!!»

«Un hijo ha tenido Irene,
A Pepe le dijo Andrés.
«Pues eso no va conmigo»
Contestó al punto José.
«Es que, se dice que es vuestro»
Repuso al momento aquel.
«Y bien, replicó, el buen Pepe,
Eso no va con usted.»

Conque..... ya sabemos lo que valen las simpatías que los emigrados ganan en los Estados Unidos. Habíase anunciado una funcion á beneficio de ellos en la Academia musical de Brooklyn, ofreciéndose una rifa con premios, hasta de diez mil pesos, á los concurrentes. Pues bien; aun así no pasaron mucho de cien personas, segun el *Herald* y el *World*, las que fueron á la funcion de beneficio.

Y aun esas allí no fueron
Por aliviar con pecunia
La suerte de los cubanos,
Sino..... por probar la suya.

Eso es muy comun en las sociedades democráticas. Cuando se trata de ostentar sentimientos filantrópicos, los oradores se inspiran y comunican su entusiasmo al auditorio en tales términos, que todo el mundo se enternece, llora y aplaude. Pero á la práctica. Si quieren ustedes ver disuelta una de esas reuniones como por encanto, no tienen mas que pedir en ellas la palabra y decir: «Señores, puesto que todos estamos de acuerdo en aliviar al que sufre, demos cada uno un par de pesos para llevar á cabo la idea.» Sin mas que esto, verán ustedes reir á los que lloraban, y desfilar todos con tal prontitud, como si se les hubiese asegurado que en aquel punto habia una mina próxima á hacer explosion.

Un zapatero se puso á cantar
El rey-le dijo á la reina;
La reina le dijo al rey.....

Y no salió de estos dos versos en todo el día. Los vecinos, algunos transeuntes y la misma mujer del zapatero, sintiendo ya vehementísimos deseos de saber en qué paraba el cantar, interrogaron seriamente al cantor, diciendo:

—Y bien: ¿Qué es lo que el rey y la reina se dijeron mutuamente?

—¿Qué se yo? contestó el zapatero; yo vivo de mi trabajo, como ustedes ven, y ni quiero, ni me conviene mezclarme en los negocios de Estado.

SOLUCION DEL ACERTIJO INSERTO EN EL N.º 40 DE EL MORO MUZA.

Difícil es, vive el cielo;
Mas lo he podido acertar,
Si señor, ¿Sabe V. cómo?
Comiéndome un calamar.
M. S.

IMPRESA «EL IRIS» OBISPO 20.